

EPÍTOME A PROPÓSITO DE LA KATHARÉVUSA

Ismael Correa Morales

Universidad de La Laguna

ismaelcorreamorales@gmail.com

RESUMEN

Este artículo es un apunte histórico y filológico sobre las diversas etapas del griego desde la Antigüedad hasta nuestros días y se centra en sus movimientos literarios conservadores que desde el aticismo hasta lo que en el siglo XIX empezó a llamarse katharévusa han conformado la lengua griega actual.

PALABRAS CLAVE: Katharévusa, aticismo, segunda ilustración griega, griego actual.

ABSTRACT

«Historical summary regarding the katharevousa». This paper is an historical and philological study about the several stages of Greek language, from antiquity to our days and it focuses on its conservative literary movements that have formed the Modern Greek, from atticism to what was called Katharevousa in 19th century.

KEY WORDS: Katharevousa, atticism, second Greek illustration, Modern Greek.

Después de haber terminado Filología Clásica en la Universidad de La Laguna, y donde cursé griego moderno en quinto de carrera con la profesora Isabel García Gálvez, me fui a Grecia. Fueron veintisiete años de mi vida en este país, pero aún recuerdo que una de las mayores sorpresas al principio de mi estancia, fue la forma lingüística llamada *καθαρεύουσα* o katharévusa; sobre todo el hecho de que los diccionarios (recuerdo que entonces había solo uno de solapas verdes oscuras) del griego al español y viceversa, estaban en una lengua arcaizante que no se correspondía a la que hablaban los griegos; se escribía de una forma diferente a la lengua hablada.

Pero, ¿qué es la katharévusa y por qué la gente con la que me rodeaba, ni la hablaba ni la conocía, es más, la rehuía? Aunque, luego, con el tiempo, conocí a muchos fervientes defensores. Creo que para un hispanohablante y para cualquier europeo también, resultaría un fenómeno insólito y desconcertante, si no tuviera en cuenta el largo proceso por el que la lengua griega, la más longeva del planeta que aún se habla (y por lo tanto no ha sido nunca una lengua muerta, sino más bien, una lengua '*sabia*'), ha estado expuesta durante sus más de tres milenios de vida. A esta cuestión quería dedicar unos cuantos apuntes históricos en esta sede.

Durante muchos siglos, sobre todo desde que Grecia pasara a ser una mera provincia romana después de la anexión de Corinto en el 146 a.C., la lengua griega

DOI: <http://doi.org/10.25145/j.fortunat.2018.28.005>

FORTVNATAE, N° 28; 2017-2018, pp. 47-56; ISSN: 1131-6810 / e-2530-8343

pasó a actuar y a asumir, como eslabón de enlace con la Antigüedad, la misión de eternizar el legado cultural que el alto nivel cívico de la civilización helénica había dejado en su pasado ‘patente’; fue, sin duda, un esfuerzo consciente de talante vital con el objetivo de optimizar su uso, aunque como veremos en sus diversas etapas, no siempre entendido como defensor de la cultura clásica.

Realmente fueron muchas las etapas y también las tendencias reguladoras, las que se han reconducido siempre a un pasado lingüístico modélico. Han sido etapas de un refugio nostálgico y de reorganización, en las que la necesidad imperiosa de superar el decaimiento cultural ocasionado generalmente a raíz de conflictos bélicos desestabilizadores, ha tendido siempre la mano a esa lengua modélica.

Tanto es así que a lo largo de toda la Antigüedad ha habido periódicamente movimientos de reacción de decisiva determinación reivindicativa hacia modelos históricos vistos como ejemplos a seguir fielmente. Quizás el primer movimiento, ya en el III siglo a.C., fuera el asianismo, promovido como un producto de reacción frente a la lengua oficial del nuevo imperio macedonio, el dialecto ático, que Alejandro, hijo de Filipo II y primer rey de toda Grecia, después de haberla sometido, había decretado como lengua oficial. Son los años del período helenístico en que la institución más representativa del ferviente ímpetu creador de los siglos pasados, y me refiero a la Ciudad-Estado, había sido abolida y donde las continuas guerras desestabilizadoras mermaban cada vez más el tejido político y social de la época. El asianismo, a la manera jónica de Asia, que se contrapuso al lenguaje más natural y liso del ático de Demóstenes o Gorgias, hacía alarde de un discurso barroco y amanerado plagado de figuras retóricas y de un uso desmesurado de adjetivos concatenados en un sinfín de oraciones subordinadas; fue un estilo creado con un propósito retórico orientado a emocionar e impresionar.

Pero el último período de la época helenística se fijó en el arte de la ciudad-estado de Atenas, hacia la que se volvieron todas las miradas en un clima de lamento y nostalgia por la libertad política (<polis) perdida. Es el primer clasicismo del arte del mundo occidental que anhelaba hacer revivir la cultura de la Atenas de la época dorada, la del V y IV siglo. Plinio el Viejo (del II s. d.C. como los gramáticos neoatíctas Frínicos y Moiris), haciéndose eco de los tratados artísticos clasicistas declaró, con una mentalidad de rechazo al desarrollo de toda el arte helenística, que “la muerte del arte” tuvo lugar en la Olimpiada CXXI (290 a.C.) y “renació” en la CLVI (150 a.C.), apartándose de la originalidad y vivacidad del período (que serían los modelos del renacimiento italiano en adelante) y optando por una producción artística ecléctica sin originalidad que copiaba fríamente, pero con las líneas nítidas de una técnica secular de altísimo nivel de ejecución, los modelos a imitar.

Fue la época en que el gramático alejandrino Dionisio el Tracio compuso la primera gramática, *Τέχνη Γραμματική*, de la lengua griega en el 100. a.C., quien, sintomáticamente, eludió analizar la lengua que se hablaba en su época para dedicarse de modo sistemático a la de los grandes poetas trágicos y líricos que escribían en griego ático, lo que para él ya era antigüedad clásica como modelo a seguir.

Fue el período en que se implantó, a partir del siglo I a.C., el neoatíctismo, o sea, la nueva corriente lingüística culta que imponía escribir a la manera de la lengua ática del V y IV s. a.C. Su apogeo llegó en el II s. d.C. durante la llamada

Segunda Sofística, cuando gramáticos como Frínicos o Moiris *regulaban* la lengua escrita emitiendo preceptos con la intención consciente de evitar que se contaminara de la lengua vulgar hablada, la llamada koiné. El termino Κοινή, que significa ‘común’, fue originariamente ideado por los gramáticos alejandrinos del II siglo d.C., tales como Apolodoro el díscolo y su hijo Elio Herodiano, para definir esta lengua hablada como producto de la confluencia de los cuatro dialectos ‘comunes’ que conformaban toda la cultura griega de la Antigüedad, a saber, el ático, jónico, eólico y dorio, a la que también denominaban “ἡ συνήθεια” (la habitual), “ἡ νυνὶ συνήθεια” (la habitual de ahora), “ἡ πάντες χρώμεθα” (la que todos usamos) “ἡ ἐκ τῶν τεττάρων συνεστῶσα” (la compuesta de los cuatro dialectos). El adjetivo descalificador de *χυδαία* (vulgar) fue un añadido de los aticistas convencidos, como Frínico, de su labor reformadora, que usaban preceptos como por ejemplo: “φάγομαι βάρβαρον: λέγε οὖν ἔδομαι καὶ κατέδομαι, τοῦτο γὰρ Ἀπτικόν” (φάγομαι es un barbarismo: se dice ἔδομαι y κατέδομαι). El resultado de las prescripciones de los gramáticos aticistas dio lugar, desde entonces (y hasta hace muy pocos decenios), a una derivación biformal de la lengua griega, a dos formas paralelas (y no una diglosia o bilingüismo, como se suele llamar a este fenómeno, pues la lengua siguió siendo siempre una, la griega; el latín, por ejemplo sí se desglosó en varias lenguas, las llamadas románicas), un registro culto escrito y un registro vulgar hablado. Es significativo al respecto el hecho de que en esta época, a medida que el neoaticismo iba calando en la vida cultural, el ideal conceptual coetáneo al helenismo (ἑλληνισμός y ἑλληνίζειν) llegó a adquirir una connotación negativa por desviarse del canon que era la lengua ática de época clásica.

De ahora en adelante las dos formas de la lengua fluirán o confluirán como dos ríos paralelos, durante cuya linealidad diacrónica sus afluentes a veces se encontrarán, y otras, se alejarán, formando una oposición lingüística pero perteneciente al mismo sistema. Habrá lingüistas, literatos o simples escritores que por definirse por una u otra forma, también definirán, justo por el mero hecho de su oposición, la otra parte opcional. Como dice Ferdinand de Saussure, “la totalidad vale por sus partes, las partes valen también en virtud de su lugar en la totalidad”, y por eso la relación lingüística de la parte y del todo es tan importante como la de las partes entre sí. Esta fragmentación y relación de reciprocidad, mayor o menor según los períodos, se consolidó como la fuerza motriz de la lengua griega. A lo largo de los siglos ha habido encuentros y desencuentros; hoy en día, en pleno siglo XXI, toda la cuestión lingüística ha desembocado en una cuestión unitaria, el griego actual, testigo de una diversificación de más de tres mil años.

La fuente escrita que proporciona mayor información sobre la lengua koiné de la época proviene, sobre todo, del Nuevo Testamento, que se sirvió de la lengua hablada para su elaboración. Sin embargo, pocos siglos después, desde época tardo bizantina en que fue fundada la capital oriental del imperio romano, Constantinopla, la lengua ática fue la oficial, una actitud totalmente legítima desde el momento en que los primeros padres de la iglesia oriental del IV siglo d.C., fundamentales para el dogma cristiano y por eso proclamados santos jerarcas de la ortodoxia (Juan Crisóstomo, Basilio el Grande y Gregorio el Teólogo que fue también Patriarca de la iglesia en Constantinopla), redactaron sus minuciosas reflexiones teológicas en la Filokalia

en lengua ática. La lengua hablada, la koiné, hasta llegado el siglo XII d.C., tuvo escasa representación escrita.

Con la desintegración del Imperio romano hay continuos períodos de inestabilidad política, social, económica y también lingüística (lógicamente una evolución de la forma tendente a la simplificación), intensificándose esa división de la forma de la lengua que se resume en lengua escrita culta y koiné hablada. Ya Justiniano, a mediados del siglo VI, pese a que había prohibido las escuelas filosóficas de Atenas, publicó por primera vez en griego para todo el imperio, la última parte de su cuerpo de leyes y por eso llamadas 'Las Nuevas' (Αἱ Νεαραὶ), hecho más que significativo por la repercusión que tendría en el futuro para el griego. A principios del siguiente siglo, el emperador Heraclio (610-641) decretó oficial la lengua griega en detrimento de la latina (aunque esta última siguió sobre todo para la legislación y el ejército): fue la primera vez en que hubo oficialmente una diglosia o bilingüismo. Paradójicamente también surgió un sentido anfibológico de la noción que resume lo griego durante la época bizantina en su fervorosa lucha por mantener y enaltecer los dos principios básicos de su cultura, a saber, el cristianismo y la lengua griega clásica; pero lo griego adquirió una connotación negativa, pues ya no hacía referencia a la nacionalidad connatural del griego sino a la práctica pagana de la idolatría; la cultura Bizantina condenaba el legado cultural del helenismo.

Los llamados siglos oscuros del imperio Bizantino, desde el VII hasta la mitad del IX, estuvieron marcados, en parte, por las sangrientas revueltas sociales entorno a una cuestión política y teológica, la εἰκονομαχία o iconoclasia (desde el 726 hasta el 842), o sea, sobre la prohibición de adorar los iconos religiosos de la hagiografía bizantina o las reliquias de los muertos beatos o cualquier otro objeto sagrado. Por supuesto son escasísimos los documentos escritos de la época, pero los documentos conservados del Patriarca Fotio (858-67, 877-86) y Areza, arzobispo de Cesarea de Capadocia, refuerza indudablemente la tendencia aticista imperante. Este último fue el primer testigo de los cantos heroicos o poemas épicos sobre los acritas (o guardianes fronterizos), compuestos en los siglos X-XII, en la lengua hablada, sobre todo la koiné de la Polis, Constantinopla, que pone de manifiesto la primera corriente literaria escrita en lengua vulgar. Sin embargo, un hecho muy significativo es que nunca jamás se hizo un uso exclusivo, como veremos más adelante, de la lengua vulgar o koiné en literatura; siempre estuvo acompañada de elementos tanto morfosintácticos como léxicos de la lengua culta aticista en su composición escrita. Y es que siempre ha habido una pluralidad morfológica en las entrañas de la lengua griega desde la época más remota de su división en dialectos o de los llamados dialectos literarios (p.e. el jónico para la poesía épica y el dórico para la poesía coral, por lo que una tragedia se componía en dos dialectos) o también los dialectos 'supranacionales', el panionio de la dodecápolis jónica, el dórico para el Peloponeso o el etolio para la confederación etólica. A partir del siglo IV a.C. se usó, sobre todo para la prosa, casi exclusivamente el ático, que como hemos visto, siguió existiendo durante toda la tarda Antigüedad en el aticismo. Pero la lengua es una. Un río que siempre fluye (τὰ πάντα ῥεῖ) con sus afluentes.

El debilitamiento del imperio bizantino con la dinastía de los Dukas (1059-1078) supuso la derrota de Manzikert en 1071 y la pérdida de gran parte

de Asia Menor a favor de los turcos selyúcidas; hubo una pequeña recuperación con la dinastía ilustrada de los Comnínos, pero que fue troncada por otra fatídica derrota contra los turcos en 1176 que auspiciaba la gran catástrofe de 1204 con la toma de la Polis de Constantinopla en manos de los Francos durante la cuarta y última cruzada. La última dinastía bizantina, la de los Paleólogos, la liberó otra vez hasta que en 1453 la tomaron los otomanos.

Probablemente, el hecho más importante en estos siglos de continuos cambios fue la división dialectal de la koiné, a raíz, sobre todo, de la pérdida de Constantinopla, faro espiritual de la ecúmene griega, dando paso a una mayor influencia, también enriquecedora, de los pueblos occidentales conquistadores, francos, genoveses y venecianos en su mayor parte; fue el inicio de las escuelas monásticas donde se enseñaba, entre otras disciplinas, el griego antiguo, y donde además se emprendió, desde el siglo XI o X el uso sistemático de la letra minúscula. Así mismo la nueva literatura occidental en lengua vulgar influyó decisivamente en los modelos de la nueva literatura griega, principalmente crónicas y poemas caballerescos de contenido erótico. De principios del siglo XIV, es la Crónica de Morea (el Peloponeso, como era llamado por los francos), quizás el primer texto de extensión amplia desarrollado en la koiné griega de la época, aunque como siempre, lleno de cultismos áticos.

Las regiones ocupadas por los turcos quedaron estériles de obras literarias; los escritos, principalmente de carácter administrativo, fueron en lengua aticista.

Sin embargo, en las islas jónicas nunca se impuso la turcocracia, hecho decisivo para que en época moderna se adoptara la koiné popular o lengua demótica (dimotikí) como lengua oficial del estado griego frente a la katharévusa, derivada de la lengua aticista. Otras regiones no fueron ocupadas hasta más tarde, Rodas en 1522, Creta fue veneciana a partir de 1569 y Chipre desde 1566. Fueron regiones en las que floreció una literatura incipiente con un lenguaje dialectal con cultismos, sobre todo en Creta, de donde conocemos incluso algunos autores de tragedias y comedias como *Erotócritos* de Vincenzo Cornaro, *Kadzurbo* y *Erofili* de Chortadzís, *Fortunato* de Fóscolo...

La implacable y prolongada ocupación otomana en Grecia durante cuatro siglos, hizo que esta quedara excluida de los movimientos humanísticos regeneradores, tales como el Renacimiento y la Ilustración que transformaron la mentalidad teocrática que había imperado en la europea medieval, a favor del dominio del 'saber humano como medida de todo' (algo literal en la Atenas del V siglo con Protágoras). Es una paradoja (aunque estos ciclos se repiten en la historia) que la nación que había gestado la cultura occidental, no pudiera participar activamente (aunque intermediaba a través de su legado histórico) en estos movimientos propulsores de libertades a causa de una implacable represión de las mismas.

En la nación griega los siglos se suceden estériles. Es la época en que empieza a tramarse la belicosa Cuestión Lingüística (το γλωσσικό ζήτημα, por analogía a la *Question d' Orient* en la política europea desde el siglo XVIII) que versaba sobre qué forma, la vulgar o la culta, debía representar como lengua oficial a la nueva nación independiente; los primeros conflictos dialécticos ya habían empezado desde finales del siglo XVII.

La lengua se siguió cultivando solo fuera del espacio geográfico de Grecia. Al primer ilustre griego de la época más moderna, Nikólaos Sofianós, pertenecen

los primeros libros escolares educativos y la primera gramática del griego, escrita en Venecia en 1540 (aunque publicada solo en 1870) para la que tomó una decisión atrevida y consciente: ¡la escribió en la lengua hablada!, que de ahora en adelante se llamaría también demótica (δημοτική, del demos, o sea, en lengua popular) “*para que puedan aprender los jóvenes*”. Recordemos que en esta época en Europa, la lengua culta seguía siendo la latina, mientras que la hablada se consideraba como vulgar, ‘indigna’ de ser analizada y enunciada en un corpus gramatical. La primera gramática de una lengua romance fue la de Antonio de Nebrija, “Gramática Castellana”, de 1492, medio siglo anterior a la correspondiente griega de N. Sofianós.

Durante casi dos siglos encontramos casi exclusivamente solo a monjes cultos que escriben en lengua demótica y desechando, por principio, la griega (Ελληνικά como sinónimo de la arcaizante); F. Skoufos y E. Miniatis escribían a finales del s. XVII: “*hemos querido hablar en la lengua común deseando que lo que decimos sea aceptado por los sabios y virtuosos, pero también por las personas más sencillas*”

Hay una lista de personajes, sobre todo monjes (Kartanos, Agapios Landos, Timotheos Kiriakopoulos, Iósipos Misioudax...) dedicados a la escritura de la lengua hablada. Pero la Cuestión Lingüística comenzó sobre todo durante el llamado segundo iluminismo griego con Adamantios Koráis (1748-1833) ferviente defensor, y leal al ‘iluminado’ N. Sofianós de hacía algo más de dos siglos, de que se escribiera en lengua demótica. Vivió en Amsterdam, estudió en la Universidad de Montpellier y como filólogo tradujo al francés a Estrabón (por encargo de Napoleón) y a los clásicos Platón, Aristóteles, Tucídides, Plutarco etc. Era consciente, además, de la inmediata caída del Imperio otomano y de la liberación de Grecia, hecho que logró ver en los últimos años de su vida. Su modelo ilustrativo estaba cimentado en los ideales de la revolución francesa que pudo vivir y explorar, por lo que el tratamiento más importante en la Cuestión Lingüística no era tanto de aspecto filológico sino estético, técnico o comunicativo: “*lo realmente importante era llegar a la educación del pueblo griego esclavizado, la cual sería, a su vez, el arma principal para la venganza de la liberación nacional*”. Un sentimiento de nostalgia y reivindicación que había estado expreso también en el aticismo del primer siglo a.C. ante la invasión y ocupación de las huestes romanas; a este ideal entregó su vida A. Koráis. Y desde entonces enardeció tanto los ánimos de los intelectuales que los dividió, por primera vez, en dos bloques opuestos. Este no es el lugar de redactar la innumerable lista de nombres que componían los dos ‘ejércitos’, pero los encabezados por P. Kodrikás a favor de la lengua arcaizante eran los Fanariotas, grupo de hombres ilustres en torno al Fanari (faro espiritual) del patriarcado religioso y ortodoxo de Constantinopla, desde antiguo, sede de la cristiandad oriental.

A. Koráis concebía que el uso de la koiné implicaba también una profunda revisión de su aparato morfosintáctico y léxico; para este fin creó el primer diccionario de uso y etimológico (‘ΑΤΑΚΤΑ, que se publicó en Grecia inmediatamente después de su liberación del yugo otomano, en 1839) que se basaba en el griego moderno, incluyendo además extensas referencias a la historia del contenido léxico en el vagar de las diversas etapas de la lengua griega: su declaración literal “*αρχή παιδείσεως η των ονομάτων επισκέψεις*” (principio de la educación —está— en la ‘visita’ a las palabras) enfatiza la importancia que implicaba la aproximación

diacrónica del vocabulario (lo que ahora se llama etimología). Había concebido desde principios del siglo XIX lo que un siglo después en boca del padre de la lingüística moderna Ferdinand de Saussure se afirmaba, es decir, que cada lengua percibe, organiza y expresa su mundo a través de su lengua; cada lengua es una clasificación diversa de nuestro mundo” (*Principe de Classification*). El modo en que cada pueblo, cada nación, decía A. Koraís, clasifica el mundo lo podemos percibir por las palabras que ha concebido a lo largo de su itinerario histórico (principio diacrónico) y por las que emplea en un período concreto de su vida (principio sincrónico).

Se sirvió de la lengua culta que se había mantenido viva desde los primeros tiempos del aticismo. Como consecuencia, se implicó en su labor reguladora, el καθαρός (de donde καθαρεύουσα), depuración o purga de la lengua hablada de los extranjerismos italianos, turcos y franceses sobre todo, y reemplazándolos por los léxicos griegos que subsistían desde la Antigüedad o creando neologismos por derivación, composición o por analogía con los vocablos correspondientes de las lenguas romances más enriquecidas por haber sido parte de aquellos movimientos humanistas, revolucionarios y progresistas. Así nació el término καθαρεύουσα (lengua depurada), que a diferencia de la aticista de los primeros siglos de nuestra era, se basaba principalmente en la koiné hablada y no en la lengua escrita arcaizante; a esta ‘koiné depurada’ de A. Koraís se la podría denominar Katharévusa simple “demoizante” (al estilo de los clérigos de los siglos XVI-XVIII). O sea, eligió una vía intermedia que, como se demostraría con el pasar de los años, era la única vía factible para que la lengua hablada, en interdependencia con la culta arcaizante, llegara a cumplir todos los requisitos lingüísticos necesarios para su uso convencional como lengua oficial de la nación. Afirmaba: “η σήμερον λαλούμενη δεν είναι ούτε βάρβαρος (vulgar, popular) ούτε ελληνική (arcaizante), αλλά νέα”: la lengua hablada de hoy no es ni bárbara ni arcaizante, sino nueva.

Las reacciones fueron inmediatas e innumerables, a veces en tono recriminatorio y otras en tono irónico, sobre todo de parte de P. Kodrikás y del círculo de los fanariotas que defendían que “*la lengua es la los hombres nobles y notables, no la de los vulgares.*”

A pesar de las realmente insistentes luchas intestinas a favor de una u otra forma lingüística, la realidad fue que A. Koraís dio los primeros pasos hacia una mayor consideración y conocimiento de la δημοτική γλώσσα.

A finales del siglo XIX, La Escuela “Eptanisa” (de las —siete— islas jónicas) encabezada por D. Solomós, poeta, intelectual y principal representante de la nueva literatura griega y la Nueva Escuela Ateniense de Palamás, fueron también decisivos para el consolidación oficial de la lengua demótica, dando en el momento justo, poco antes de la independencia de Grecia, una propuesta contundente y unitaria contra el arcaísmo lingüístico para la nueva nación.

Otro importantísimo estudioso afín al espíritu luchador de A. Koraís por la causa de la lengua hablada fue G. Psickaris (1854-1929), el primer lingüista que ocupó una cátedra de griego moderno en una universidad europea, en la *Sorbonne* junto a F. de Saussure a finales del siglo XIX. Pero al contrario de sus predecesores, intentó llevar la cuestión hasta los extremos, rozando muchas veces la extravagancia en las propuestas de sus ideas, a lo que se llamó, despectivamente, ‘psickarismós’.



En la misma época y contrario a las ideas de Psickaris, aparece el fundador de la escuela lingüística de Grecia, G. Hadzidakis (1848-1941), el primer profesor de lingüística en Atenas (1885). Fue un investigador pionero en el estudio de la lengua clásica, medieval y moderna, quien, por primera vez dejó claro que el griego moderno provenía del clásico a través de la etapa alejandrina primero y bizantina luego. Como conocedor del griego y de su historia lingüística mantuvo, al igual que A. Koraís, una vía intermedia entre las dos opciones extremas. Por un lado recriminaba la actitud de los arcaizantes como “*desgracia nacional*”, por su intención de declarar el griego clásico como lengua nacional y, por otro lado, estaba en desacuerdo con los “demoístes” que ignoraban la tradición culta de la lengua y que pedían su abolición. Él defendía una *katharévusa* simple en la que literalmente consideraba que “*ἡ ἀλήθεια κείται ἐν τῇ χρυσῇ μέσῃ ὁδῷ*” (la verdad se halla en la dorada vía intermedia); era consciente de que la situación de la estructura lingüística de la lengua hablada de su tiempo, no estaba preparada para ser portadora de las necesidades comunicativas a nivel educativo, científico o literario. Preveía y confiaba en la gradual simplificación de la *katharévusa* y la mayor perfección de la demótica, que llegarían a formar, en un proceso normal y sin violencia, una lengua unitaria hablada y escrita:

ἔχουμε δύο ρεύματα, το τῆς γραφομένης καὶ το τῆς λαλουμένης παραλλήλως ρέοντα, ἅτινα εἰσβάλουσιν ἀδιαλείπτως εἰς ἄλληλα, ἤτοι προσεγγίζουσιν ἀλλήλους ὁ προφορικός καὶ ὁ γραπτός ἡμῶν λόγος καὶ ἡ ἀφομοίωση βαθμηδὸν ἐπιτελεῖται. Δῆλον ἄρα ὅτι ἡ προσέγγις, ἡ ταύτις σχεδόν, δύναμαι νὰ εἰπῶ, αὐτὴ θα τελεσθεῖ ἡμέρα τίνα.

Hay dos corrientes que fluyen paralelamente, la de la escrita y la de la hablada, una invade incesantemente a la otra, es decir, que nuestro registro oral y escrito están acercándose y la asimilación se está realizando. Por lo tanto, está claro que el acercamiento, la fusión aproximada, puedo decir que se efectuará algún día.

Recibió, como Koraís, un fuego a discreción de críticas de los dos bandos, en una época en que incluso la violencia sangrienta se hacía de las calles por la Cuestión Lingüística. Hay dos claros ejemplos, *Τὰ Ευαγγελιακά* (1901) y *Τὰ Ορεστειακά* (1903), es decir, por las respectivas traducciones públicas al griego demótico del Evangelio y de la Orestíada. Fue la época de la ‘defensa heroica y combatiente’ de la lengua demótica (*δημοτικισμός*) que encabezaba la figura predominante de la época, G. Psickaris, en que se organizaban votaciones, manifestaciones y desórdenes violentos que llegaban a acabar en derramamiento de sangre. Participaban personajes tan importantes de la época como A. Pali (que fue el traductor del Evangelio), A. Eftaliotis, K. Palamás, M. Triandafilidis.

Con la llegada al poder del régimen democrático griego de uno de los líderes progresistas de mayor prestigio de la Grecia moderna, E. Venizelos (1864-1936), la Cuestión Lingüística empezó a encaminarse hasta desembocar en el resultado que perdura aún hoy. En 1911 se reforma la constitución y la *katharévusa* simple (de A. Koraís y G. Hadzidakis) es la lengua oficial. Pero un año antes se había formado la Sociedad Educativa que con D. Glinós, Al. Aléxandros y del lingüista M. Triandafilidis (profesor de la Universidad de Salónica) a la cabeza por deseo del propio Primer Ministro Venizelos, introducen por primera vez el griego demótico en la enseñanza pública, aunque solo en los años de la enseñanza elemental. Es un griego habla-

do moderado con préstamos de la katharévusa simple, fruto de las reformas que encabezaba Triandafilidis y que publicaba periódicamente en el boletín de la Sociedad Educativa y en una innumerable cantidad de artículos al respecto. Pese a las críticas incendiarias de Psickaris (que llamaba traidores a Triandafilidis y su equipo), estos son los años en que se pasa del viejo al nuevo demótico, al griego más actual. En 1941 se publica la (Gran) Gramática del Nuevo Griego, conocida también como la gramática de Triandafilidis o Gramática estatal, en la que además se desarrolla una introducción histórica sobre la vida y la evolución de la lengua griega, enfatizando el hecho de las duras luchas llevadas a cabo para la consolidación del demótico. Luchas que no parecían llegar a término, pues según la postura ideológica de los gobiernos que se sucedían en el poder político de la república griega, también cambiaba la lengua oficial del estado. Con Venizelos, de 1917 a 1920, tenemos en la escuela la lengua demótica, pero en 1921, con el Partido Popular en el poder y el lema “*que se quemem los libros de la reforma de 1917*”, se impone la katharévusa arcaizante; en 1923, otra vez la demótica con el Gobierno Revolucionario de Venizelos; con la dictadura de Pángalos del 25 se vuelve a la katharévusa y con el gobierno de coalición se enseña la lengua demótica y katharévusa simultáneamente. En 1931, la demótica con Venizelos y G. Papandreu, pero en 1933, con Tsáldaris, la katharévusa. En 1939, con el dictador Metaxás, se vuelve a la lengua demótica, hasta que el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana de 1942, hacen que prevalezca la katharévusa, que durará hasta 1964 respaldada por los gobiernos conservadores de la época. En 1964, la victoria del partido liberal, Unión del Centro de G. Papandreu, lleva a cabo una reforma lingüística que introduce de nuevo la lengua demótica en las escuelas, un proyecto truncado por la dictadura de los coroneles de 1967 a 1976. Pero en este año, en 1976, el gobierno conservador de K. Karamanlís no solo vuelve a instaurar la lengua demótica en la escuela, sino que además la hace lengua oficial del estado según la ley 309/1976. Aún así se puede apreciar que incluso la redacción de la misma ley que proclamó la lengua demótica como oficial en la enseñanza, seguía bebiendo de la katharévusa más simple; a continuación escribiré el texto original e intercalaré entre paréntesis, a fin de que se aprecie mejor la diferencia entre las dos formas lingüísticas, cuál sería la versión de la lengua moderna más actual sin ningún vestigio arcaizante que en este texto pertenecen a la época tardía bizantina y por lo tanto a la menos arcaizante:

Γλώσσα διδασκαλίας και γλώσσα των διδασκικών βιβλίων εις όλας τας βαθμίδας (σε όλες τις βαθμίδες) της Γεν. Εκπαιδύσεως (εκπαίδευσης) είναι από του σχολικού έτους (από το σχολικό έτος) 1976-1977 η Νεοελληνική. Ως Νεοελληνική γλώσσα νοείται η διαμορφωθείσα (διαμορφωμένη) εις (σε) πανελλήμιον εκφραστικών όργανον (sin -ν terminal en el acusativo) υπό (από+acusativo) του ελληνικού λαού (τό ελληνικό λαό) και των δοκίμων συγγραφέων του Έθνους Δημοτική, συντεταγμένη άνευ (χωρίς+acusativo) ιδιωματισμών και ακρότητων (ιδιωματισμούς και ακρότητες).

Seis años más tarde, en 1982, por decreto presidencial del gobierno socialista de A. Papandreu, se aprueba oficialmente el sistema simple de acentuación, el *monotonikó* (de un solo acento en todas las palabras de más de una sílaba).

Cuando fui a vivir a Grecia en los años ochenta, me encontré con las consecuencias de la resaca que esta situación de variable beligerancia había dejado detrás de sí. Realmente los griegos, entonces, no sabían a qué tipo de lengua y acentuación atenerse. Todas estas vicisitudes se sucedieron y vivieron con rapidez vertiginosa, desconfianza y vacilación. Το Γλωσσικό Ζήτημα o la Cuestión Lingüística, desde finales del siglo XIX se había convertido, más allá de ser una mera cuestión filológica, sobre todo en un conflicto político y social con una proyección ideológica que se cernía deliberada y directamente sobre el sistema educativo y los propios ciudadanos griegos, los únicos perjudicados (en parte, quizás por una cuestión perentoria e ineludible) que han sufrido el proceso evolutivo de esta importantísima lengua, en gran parte, la principal portadora de la cultura de ideas (etimológicamente del substrato indoeuropeo, la palabra ‘idea’ —en gr. ἰδέιν / lat. *Video*— significa ‘lo que he visto o veo’,) y libertades de Occidente, y la más antigua del planeta que goza de forma hablada.

